



LA ENCARNACION

El Patio Principal.

Como hasta el día en que fueron reunidas las monjas en menor número de conventos, no conocíamos por dentro sino los de frailes, cuando los de aquéllas así como los de éstos, quedaron abiertos al público, el deseo de visitarlos que nos subyugaba fué imperioso, y no pudimos resistir á la tentación de formar parte de esa cadena de eslabones humanos que, como un hilo de hormigas, se extendía por las calles y enlazaba unas con otras las moradas de las religiosas.

La población toda, con raras excepciones, confundiendo sus clases, deponiendo por un momento sus odios de partido, y

acallando la voz de ciertos temores, se agolpaba á las porterías, derramándose en seguida por los corredores, escaleras, coros y viviendas de los monasterios, poseída de un sentimiento de curiosidad más enérgico que el que domina al viajero al penetrar por esas ciudades momias llamadas Pompeya y Herculano.

Lo que pasaba era real y verdaderamente una exhumación. Los piadosos asilos que por tantos años ocultaron las flores quizá más exquisitas de la juventud y la belleza, habían sido siempre para el mundo unos misterios de piedra. Sus puertas, eternamente cerradas, no se abrían sino para el capellán, el mayordomo, los prelados, y en caso absolutamente necesario, para el médico. Durante la dominación colonial, hubo, además de las personas indicadas, otras que disfrutaban el privilegio de salvar sus umbrales, y eran los virreyes. ¿Pero qué cosa se negaba á los virreyes? No se aventura mucho en asegurar que el bastón que empuñaban era una vara de virtud. Regularmente, los primeros días que seguían á la toma de posesión del Gobierno, eran los destinados á la visita de las monjas. Su Excelencia, acompañado de sus pajes, y la virreina con sus damas y algunas otras señoras principales convidadas, se dirigían á los monasterios ostentando todo

el refinamiento del boato cortesano, y afectando el porte desdeñoso de quien acaba de llegar de un país que conceptúa más culto. Era de ver entonces el aparato con que se les recibía, los agasajos de que eran objeto y las atenciones que se les tributaban. Un alegre repique anunciaba la aproximación de los ilustres huéspedes. Al poner las plantas en la portería, los acentos de la música les salían al encuentro, y los padres capellán y sacristán, y aun tal vez el arzobispo con su séquito de clérigos, les daban la bienvenida al frente de la comunidad. Pasaban luego á recorrer una á una las celdas ó viviendas de las monjas, los coros, salas de labor, noviciado, jardines, y, en una palabra, las oficinas y aposentos todos. Terminado este paseo, si la visita era de mañana, seguía inmediatamente un almuerzo opíparo; si de tarde, se les servía un magnífico refresco, después del cual, y previa la representación de algún entremés ó la vista de fuegos de artificio, regresaban sus excelencias al real Palacio, más que medianamente satisfechos.

La gente menuda, entre tanto, se consolaba con saborear en la imaginación la idea de tan primorosas fiestas. Ocho ó más días, no eran á veces bastantes para agotar las congeturas, adivinaciones y comentarios sobre el mismo asunto. Mas

al fin volvía la calma ó la indiferencia; la atención pública se fijaba en otro objeto, y pocos pensaban que había monjas en el mundo. De esta manera, el olvido por una parte, y por otra la estricta ley de la clausura, conspiraban á hacer ver en cada religiosa un ser invisible, y una tumba en cada monasterio.

Pero llega el año de 1861, y con mano de bronce se propone levantar la lápida sobre la que había impreso cada siglo al pasar, un sello formidable. El secreto que envolvía en su sombra los conventos, huye á la región de las tinieblas; y un día sin saber cómo, ni cómo no, dudando si es sueño ó realidad lo que vemos, nos encontramos en el recinto del monasterio de la Encarnación.

¿Quién es el que al ver por vez primera el interior de ese edificio, no se ha detenido á cada paso, cautivado por un sentimiento de asombro y admiración? El departamento principal es una maravilla; entre las antiguas glorias arquitectónicas de la capital en ese género, no puede disputarle la primacía, sino el departamento mayor del nacional colegio de San Ildefonso. El armonioso conjunto que forman su jardín, esmaltado de exquisitas flores, empapado en el rocío de la aurora ó idealizado con la luz de la luna, y cubierto por una atmósfera donde se besan

las emanaciones fragantes con los murmullos de las aguas, que ríen cariñosamente; sus tres corredores sobrepuestos ostentando hacia el patio otras tantas series de pilastras, perfectamente labradas, aún más perfectamente conservadas como si acabaran de salir de manos del artífice; esa sencillez, esa sobriedad de ornato que se nota en todas sus partes; las balaustradas que hacen de cada arco un balcón, de cada balcón un mirador excelente, y la suavidad de la pintura que le cubre, en consonancia con lo elegante de las formas y la festiva vegetación del patio, todo este armonioso conjunto, decimos, coloca el edificio en un lugar eminente entre las obras artísticas, y le hace aparecer, no como realidad, sino como un ensueño delicioso, ó como el palacio de una hada que ha venido á situarse repentinamente entre nosotros á las evocaciones de un mago. Si la fantasía crease alguna vez un libro de cuentos occidentales en contraposición al de las "Mil y una Noches," este departamento debía figurar, sin duda, como la encantada residencia de una hura americana. Hoy, según sabemos, está destinado á las exposiciones de industria. Bien pensado; mas no así el cubrirle, como se ha pretendido, con una cúpula de cristal, porque sobre quitarle parte de la luz que realza sus primores, rebaja

ría en gran manera la majestad de su apariencia. Este patio no debe tener más cúpula que el firmamento.

Tal, por lo menos, es el juicio que formamos la tarde que le hicimos nuestra primer visita. Tratemos de delinear el cuadro que á la sazón ofrecía, animado como estaba, por la presencia de los curiosos. Quizá á muchos de ellos, si estas páginas llegan á sus ojos, les será grata la imagen de lo que entonces observaron.

Pocas horas faltaban al sol para terminar su viaje diario: un haz de sus rayos, atravesando el espacio, venía á reflejar sobre los arcos superiores del edificio, dejando los de abajo juntamente con el jardín, envueltos en fresca sombra.

Después de clavar la vista en la colgadura luminosa de arriba, buscaban los ojos, por una propensión connatural al hombre, la extensión ilimitada del cielo; de este cielo de México que como una bóveda arrogante parece descansar, sin oprimirla, en la cumbre de la cordillera titánica que ciñe el valle; de este cielo incomparable, piélago azul, abismo fascinador que atrae con una fuerza irresistible el pensamiento, y absorbe las ideas y sentimientos todos del alma contemplativa para devolvérselos en oleadas de luz y de misteriosos consuelos.

En efecto, después de algunos momentos de observación, las miradas reposan en el cielo como en el regazo de una madre, ó como en un libro eternamente abierto donde está segura el alma de hallar solución á los mas importantes problemas de su destino.

No fuimos entonces la excepción de la regla.

Fijamos la atención alternativamente en el jardín y en el cielo, y descubrimos una relación graciosa entre ambos: parecían dos seres que simpatizaban; el jardín no tenía perfumes y sonrisas, sino para el cielo, y el cielo sólo tenía una mirada, única, exclusiva, profunda, apasionada, y ésta era para el jardín.

Alrededor de éste, y formando grupos en la galería inferior, se agolpaban á la reja, para mirarle, los espectadores: algunos muchachos trepaban sobre las verjas hasta donde más podían, para gozar del espectáculo á todo su sabor.

Al lado de estos grupos se mueven otros que van ó vienen, y se cruzan en sucesión interminable, como las ideas en un alma agitada.

Ningún semblante se muestra triste ó compungido; las miradas atraviesan instantáneamente por todas partes; todo lo recorren, examinan, juzgan, revisan y escaudriñan, para abarcar el cuadro en todos

sus pormenores, en todos sus accidentes, y á la vez en toda su majestuosa unidad.

La curiosidad sentada á la puerta que comunica con este primer corredor, se apodera de cada uno de los que pasan, toca su corazón con dedo eléctrico, y limpiándole de toda preocupación ó malquerencia, le predispone á olvidar para sentir, y á ver para admirar.

La brisa embalsamada, que juguetea entre las verjas y pilastras, y retozando, acaricia los arbustos del jardín, se ha llevado en sus alas el polvo de nuestras rencillas políticas; y aunque pasan sin cesar unos al lado de otros, los colores rojos y verdes en las corbatas de los hombres, en los vestidos de las damas, y hasta en los adornos de los sombreros de las niñas, en esa hora y en presencia de tal espectáculo, se respira un ambiente de reconciliación y de paz, y no se oyen sino estas expresiones, y otras semejantes:

- ¡Cuánto aseo!
- ¡Cuánta elegancia!
- ¡Con cuánta calma y placer se deslizarían aquí los años!
- ¡Qué hermosos corredores!
- ¡Cuánta amplitud!
- ¡Este edificio es un palacio oriental!

II.

Carrera de Baquetas.

Sabido es que nuestros elegantes son el fruto de todo mercado, y los espectadores natos é indispensables en toda concurrencia donde hay algo con qué divertirse, y mucho por qué reír á costa del prójimo.

El "lion" mexicano, aunque menos pulido y más superficial que el parisiense, es acaso también más intolerante, y desdenoso en su censura. En todo halla defectos, nada está como es debido, todo le desagrada, nada satisface su gusto, y lo que es peor, todo lo ridiculiza y á nada perdona su sátira. Si en la mayor parte de sus juicios no asomara más bien el deseo de singularizarse que el fruto de las convicciones que abriga, debíamos conceptuarle el ser más desventurado de la tierra, porque no viendo en todo sino fealdad y ridículo, la sociedad sería para él un perpetuo sainete, la naturaleza un cuadro sin hechizos, y la vida un suplicio ó una ironía.

No es así, por fortuna, y en ninguna clase reina más buen humor que en la de nuestros jóvenes de moda: ¿No los ois cantar hasta en la calle, fragmentos

de arias de "Lucía" ó de "Traviata?" ¿No los véis en todas partes, en los paseos, en los cafés, en los teatros y tertulias? Pues esto está probando que sus días resbalan coronados de rosas en el río de la vida, y que no tienen en los labios ni una queja contra el cielo, ni una maldición contra el destino.

Era, por lo mismo, una necesidad, un hecho inevitable, su presencia en la Encarnación.

Allí los veíamos solos, de dos en dos, ó en hileras, recorrer todo el edificio, sin dejar cosa por ver.

Aquí se detiene uno que parece afecto á pintura, aplica el lente al ojo, y se pone á examinar el cuadro que tiene á la vista en la pared. Pasea brevemente la mirada por todo él, y haciendo después un gesto de displicencia, sigue adelante su camino, mostrando en el semblante una ligera nu be de disgusto.

Este joven es un juez competente en materias artísticas. Con el buen gusto eternamente en los labios, fallando con aplomo sobre toda clase de producciones de ingenio, y poniendo el sello de su reprobación, sobre todo lo que se habla ó se escribe, pasa á los ojos de las personas de su compañía por un terrible y con cienzudo aristarco.

Si se trata de música—¡oh!, este es un

arte divino que aún no se comprende en nuestro país! Aquí todo se ensalza, todo se aplaude; pero hábleles usted de las delicadezas, del idealismo de la armonía, todos se quedan en ayunas.—Tal es su juicio: en la ópera es el oráculo de los "diletanti," y ¡ay del tenor ó la primadona que no le satisfacen!

¿Gira la conversación sobre poesía?— ¡Bah!, en México no hay inspiración, no hay originalidad, no hay más que versistas adocenados; Carpio, Pesado, Prieto, Roa, Bárcena, Esteva.... ¡pobre gente!.... imitadores.... poetillas que no valen un camino. La Harpe ó Capmani no sentenciarían con más fundamento, ni de peor talante.

Con respecto á pintura, ya le vimos examinar el cuadro consabido: su juicio se reveló mediante una mueca epigramática. Es preciso, sin embargo, concederle la razón por esta vez: nada ó muy poco han hallado los inteligentes que admirar en los cuadros y obras de escultura de la Encarnación.

Pero él tiene la desgracia de dar siempre con los abortos del mal gusto, ¡y luego ser tan soberanamente descontentadizo!

Sus esperanzas de satisfacción literaria, han padecido también un choque

violento. La ciencia del anticuario le embelesa, y ante una buena inscripción se extasia horas enteras; mas todo se conjura contra él en este malhadado convento. Acierta á ver algunos renglones de caracteres antiguos grabados sobre la clave de un arco ó en la parte superior de una puerta. . . . ¡oh!, ¡buen hallazgo! Esto merece. . . . sí, leamos:

**ESTA ES LA CASA DE DIOS
Y PUERTA DEL CIELO**

—¡Vaya!, ¡qué estrella la mía, exclama; y estirándose los mostachos, pasa adelante para observar otro monumento epigráfico:

**EN TU CONCEPCION, MARIA,
INMACULADA FUISTE.
RUEGA POR NOSOTROS. . . .**

¡Qué no vuelva á hallar lectura semejante!, dice con una especie de mugido sordo, como queriendo completar de burlas el sentido de la jaculatoria.

Después de dar mil vueltas, y ya casi descorazonado, pasa súbitamente delante de unos signos medio carcomidos:— ¡Vamos!, ésto, ya es algo. . . . latín. . . . esto me va á recompensar: ¡qué veo!

**SANCTUS DEUS, SANCTUS FORTIS
SANCTUS INMORTALIS,
MISERERE NOBIS**

—¡“Miserere Nobis!” Sí, apiádate de mí, Dios mío, que soy un podenco: ¡querer hallar buenas piezas literarias en un convento de monjas! ¡Es empresa! Sin embargo, madres ha habido que no solo supieron azotarse y rezar en el breviario, por ejemplo, Sor Juana Inés de la Cruz, y. . . . ¡vamos adelante!

Terminando este soliloquio echa andar con mesurados pasos, mirándolo todo al soslayo y como con despecho. A duras penas halla un lenitivo en la vista del jardín; pero he aquí que al acercarse distraídamente á la escalera que conduce al primer alto, en medio del murmullo formado por las voces de la concurrencia, oye un ¡chis! que le obliga á volver el rostro hacia un lado. ¡Quién había de ser! un buen amigo que poniendo la mano sobre el hombro de nuestro erudito, le saluda: ¡Tú por aquí, perillán!

—Ya ves.

—Pues no declamabas tanto contra. . . .

—Qué quieres, hijo, á todos nos arrastra el torrente. Y además, no estamos en la época de las transformaciones?

—Justo es que tú también dejes el hom-

CAPILLA ALEJANDRINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

V. O. N. L. I.

bre viejo y te revistas del nuevo, como dicen los místicos, ¿no es eso?

—Cabal.

Aquí se interrumpe el diálogo con la llegada de otro amigo: en pos de este viene otro, y después un tercero y un cuarto, con los cuales se forma un corrillo no lejos de la escalera ¡pléyade maligna! ¡reunión de sátiras animadas! ¡conjunto de sarcasmos de levita y armados de "fouet"!

—Buenas alhajas nos hemos juntado.

—Y luego en la casa de la oración y de la penitencia.

—¡Hum! ¡penitencia!

—Por tal á lo menos la he tenido.

—¡Chico! tú acabas de llegar de Marruecos ¿crees que estamos en plena edad-media?

—No, pero siempre las monjas....

Excelentes, no hay duda, pero eso de penitencia.... sí, magnífica penitencia... no tener que apurarse por el pan de cada día, visitar diariamente el refectorio á las mismas horas y hallarle siempre bien abastecido, pródigo, zalamero; no ver á su lado ni chiquillos que lloran de hambre, ni mujer que carece de botines y de argelina, ni cobrador que se presenta á exigir el primer tercio de la contribución ó la renta vencida de la casa.... meritoria penitencia. Y luego sobre to-

dos los tormentos ennumerados, haber de vivir en un tabuco así como este que parece un alcázar.... ¡vamos, no hay duda que es agria penitencia!

—¡Calla, hombre, que allí viene una belleza de peinado verde!

—Tu ocurrencia me hace recordar...

—¡Vamos, vamos! no hay que proseguir el artículo de fondo.

—Tu ocurrencia me hace recordar....

—¡Qué cosa!

—El concepto que se ha formado un escritor francés—Thiers me parece de la vida monástica.

—¿Sí? ¿y cuál es?

—La considera como un suicidio.... como el único que permite el cristianismo en sustitución del suicidio físico á que acudían los gentiles cuando no podían sobrellevar la carga de la vida.

Y me parece exacto, porque quien abraza la vida de la celda renuncia á todo para siempre, muere para el mundo.

—Pues chico, si me afianzas todas mis comodidades, quiero morir para el mundo, quiero ese suicidio: ¡el mundo!.... ¡Para maldita la cosa!.... si precisamente yo estoy de cuernos con el mundo! ¡si precisamente es una de las ventajas más radicales que traé consigo la vida monástica, el morir para este mundo perverso! Pues, señor, tenga usted que alistarse en

la guardia nacional, quiera ó no quiera; que andar vestido á la moda ó de lo contrario, ser la befa de los pisaverdes; que hacer los domingos dos ó tres visitas de ceremonia, tenga ó no tenga ganas; que requebrar á Doña Pascacia, á quien quisiera usted ver ardiendo en el brasero de la Inquisición.... librarme de toda esta fantasmagoría infernal y de mis "ingleses" por añadidura, ¡chico!, esto sería no el suicidio, sino la resurrección, no la muerte, sino la vida eterna! Con que si tomas á tu cargo arreglar mis cuentas pendientes con Godard, Biron, etc., etc., ¡chico!, renuncio al mundo, muero cuantas veces quieras, me meto fraile.... ¡qué digo! ¡no han suprimido los conventos de frailes!

—Pero quedan algunos de monjas, y puedes pretender....

Una risa general acogió la chufleta, después de la cual continúa nuestro filósofo echando su retahila:

—Pero mirándolo bien, ¡cómo se conoce que Mr. Thiers, al formar ese concepto, no se acordó de lo que pasaba en México, ni España, ó tal vez no lo sabía! Cómo, á no ser así, llamara suicidio á lo que es realmente la aseguración por siempre, de la vida! De la misma manera que hay seguros contra incendios, naufragios y otras adversidades, los dan los

monasterios contra el hambre, y en la portada de cada uno bien se pudo escribir con sendos caracteres:

En esta casa no se conoce la miseria

—Pero Thiers habla en sentido moral.

—Pues yo hablo en uno y otro, en el moral y en el físico. Ya respecto de éste, creo que no debemos insistir más. En cuanto al primero, responde con la mano sobre el pecho, ¿será suicidarse moralmente sustraerse á todas las cargas de la sociedad y á los males con que el mundo se complace en angustiarnos? ¿será morir librarse de todas las tempestades de la vida y hallar en el claustro en la posesión del bien, la paz, la tranquilidad, el sosiego para el presente y la estabilidad para el porvenir? Cabalmente en esto consiste lo que puede llamarse felicidad sobre la tierra; cabalmente, esto es para mí pasarse "buena vida." Y si á lo dicho agregas que cada fraile y cada monja tienen certeza de alcanzar la bienaventuranza mediante la observancia de las reglas, deberás dar por sentado que en los conventos se logra todo lo que el hombre puede más apetecer.

—¡Bien! Pero lo que yo siempre sostendré, es que la vida monástica importa un sacrificio; porque el que la sigue, se desprende de ciertos bienes.

—Sí, mas para afianzar otros de mayor estima.

—Pero frailes y monjas ayunan y se zurriagan el cuerpo lindamente.

—Por su gusto, convengo, y en ello no hay propiamente un sacrificio meritorio.

—¿Cómo así?

—Es lo cierto: ¿has visto ú oído decir que álguien se irrite contra sí mismo, por las mortificaciones que se impone á sabiendas? Sería locura. ¿Por qué? porque en su mano está no padecerlas, y si las sufre, es por su gusto, en lo que ciertamente no hay mérito ninguno: le hay, sí, en estar expuesto á todos los contratiempos y sinsabores, y aceptarlos con resignación. Así es que debemos convenir en lo que decía al principio, esto es, que la vida del claustro está lejos de ser un suicidio, y que frailes ni monjas no hacen penitencia: ¿qué dices?

—Lo que puedo asegurarte es que las monjas son buena gente.

—Eso es otra cosa, y yo jamás lo he puesto en duda. A propósito, ¿sabes dónde están ahora las señoras religiosas que habitaban aquí?

—En San Lorenzo.

—No ha sido muy cuerdo pasarlas á una casa estrecha para dos comunidades, y más perteneciendo á distinta Orden, lo que supone reglas diferentes.

—Se dice que las huéspedas están muy disgustadas.

—Ya lo ves.... si hubiera tal penitencia, si hubiera tal suicidio, el cambio de habitación les fuera llevadero, se resignarían con este mal, en el que verían un suceso ordenado por la Providencia. El justo en todas las cosas, prósperas ó adversas, ve la mano de Dios; el justo por nada se abate, nada teme, y como decía el buen Horacio, aun el mundo al desplomarse, le hallaría sereno, "impavidum ferient ruinae."

—¡Ah!, hijo, déjate de latines: no me traigas á la memoria el colegio. Si vieras que cuando pienso en él, sudo como si me diera pesadilla....

—Así serías de perdulario; mas aguarda.... ¿qué veo! ¿conoces á esa simpática niña?

—¡Sí la conozco!.... Mucho

—Es mi vecina.

—Canta como pocas.

—En efecto, un ángel le ha dado su voz.... nota qué vestido tan sencillo y tan de buen gusto.

—Y sin los malditos adornos rojos ó verdes, que ya me hostigan.

—A fe que la que viene detrás.... ¡ay! ¿qué botines tan rojos! parece que viene pisando en brasas.

—¿Y qué me dices de la que le sigue?
¡mira qué piecito tan verde!

—Si el color verde simboliza la esperanza, podemos decir que jamás se ha visto ésta tan por los suelos. ¿Y quién es el jovenete que acompaña á la ninfa?

—¡Oh! es un bípedo que ya va pareciendo persona.

—¿Pues qué antes era cosa?

—Mueble de traspaso.

—¡Cómo!

—Ahora se nos presenta de “rojo” y ayer era hombre de cuenta entre reaccionarios.

—¡Bah! cosas del mundo.

—Después de todo, no es mala diversión la nuestra, estar viendo subir y bajar por la escalera botincitos rojos y botincitos verdes.

—Y estar comiendo prójimo, que es sabrosa fruta.

III.

El Pirata.

Según se ve, nuestros dos interlocutores no dejaban títere con cabeza. Hacían pasar carrera de baquetas á todos los transeuntes, con la misma afición, con el

mismo ahinco que si ejercitasen una obra de misericordia. Entre tanto, los demás compañeros no les iban en zaga, y asestaban sus pullas á las mil maravillas. Dos, sin embargo, eran los corifeos.

—¿Qué te parece la concurrencia?

—Heterogénea y curiosa.

—Parece que todas las naciones se han dado cita para este lugar, y comparecen por medio de sus representantes.

—Y la Encarnación está convertida en una Babel.

—¿Crees que me agrada esta diversidad de idiomas, todos en acción á un tiempo?

—Forman un mosaico de palabras primoroso. Mas, ¿quién habla por ahí con voz de pífano?

—¡Quién había de ser! Uno de los héroes de la noche del 13 de Febrero, el pirata.

—¡Hola!

—Sí, señor, no hay que asombrarse: piratas tenemos también por aquí.

—Sí, en las lagunas de Chalco ó de Texcoco.

—Y también de los que pretenden hacer cautivas á las monjas para venderlas al Sultán.

—Tú deliras.

—Oyeme y sentenciarás: Eran las doce de la noche consabida. Las madreci-

tas estaban alarmadas con la noticia, que ya tenían de lo que les iba á suceder; y esperando el desenlace de tan desabrida situación, platicaban juntas, cuando el ruido de pasos masculinos por el claustro, las hizo estremecer. Poco á poco, las pisadas se fueron oyendo más cerca, y las voces, primero confusas, de los que penetraban en el recinto silencioso, se hacían más perceptibles, á medida que éstos iban subiendo las escaleras. ¡No hubo modo de conjurar la tormenta! Después de algunos instantes, nuestras reverendas se veían ante los inflexibles comisionados para intimarles la orden de trasplante, los cuales urgían por su cumplimiento, en atención á lo limitado del tiempo que podían emplear en esa operación. Aquí fué Troya. Por un momento todo es confusión, lágrimas y quejas; mas aquí engasta el episodio del héroe que nos honra con su presencia, y que sin duda viene hoy á cosechar tiernas memorias. Novelesco hasta el punto de conceptuarse un Lorencillo; enamorado como un Quijote, vasallo de una fantasía descabellada, y con achaques de poeta, emprende en tal ocasión la más risible diabólica aventura.

—Pues qué ¿formaba parte de la comitiva?

—Sí, señor, y se esforzó cuanto pudo por alcanzar esa honra.

—Adelante.

—Conmovidó ante el cuadro lastimoso que presentaban las madres, alza la mano derecha, y dirigiéndose á ellas con aire inspirado, les apostrofa de la manera siguiente:

“Virgenes del sacro altar,
Mal seguras por sencillas,
Moráis junto á las orillas
Del antojadizo mar.”

“Los piratas se aproximan
En las horas más calladas;
La presa que más estiman
Son las vírgenes sagradas
Con su velo y su sayal.”

—¡Oh! ¡qué loco, qué animal!

—Pues no fué eso todo, sino que al oír llorar á las monjas, continúa en tono sepulcral:

“Por las bóvedas sagradas
Resonaban los lamentos,
Blasfemias y carcajadas,
Súplicas y juramentos.

“Si las vírgenes gemían,
Y por Cristo suplicaban,

CAPILLA ALFONSO
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

V. O. N. L.

Los piratas maldecían
Y de Cristo blasfemaban.”

—¡Y cómo le toleraban!

—Pocos de los circunstantes le hacían caso, y otros se divertían á su costa.

—¿Y siguió adelante la broma?

—¡Vaya! y subió de punto con una ocurrencia de las más cómicas.

—¡Dí, dí!

Mientras las religiosas se esparcían por los corredores y entraban en sus viviendas para sacar los utensilios que habían de trasladar consigo á su nueva morada, nuestro pirata echó á andar tras una novicia linda y fragante...

—¡Ah! ¡vamos! como una violeta.

—No, como un lirio de los valles, como un hacecito de mirra.

—¡Qué saborcillo bíblico le vas dando al cuento!

—¡Viejo! no es extraño... ¡se trata de monjas!—Pues bien, la novicia que vió venir tras de sí al milano, y que por malos de sus pecados se encontraba lejos de las compañeras, creyendo que le amenazaba un gravísimo peligro, se puso de rodillas, y á voces empezó á pedir misericordia. Mas su perseguidor, que estaba ciego, quedándose en pie, sin tocarla, le dice en tono suave y amartelado:

—“No te enojés con tu estrella.

Niña bella;

Déjate amar una vez:

Por tí me dará un tesoro

Rico moro,

Que Reina te hará de Fez.”

—¡Oh! ¡qué horrible insensatez! contesta la novicia, asombrada; pero su interlocutor prosigue impávido:

—“Olvídate del Santuario.

Del Rosario,

Letanía y oración...

No has nacido (sin lisonja)

Para monja,

Con tan linda perfección.”

“Pronto te veré sultana...”

—¡Linda estaré de sotana!

—¡Oh! no digo eso, replica el poeta, sino que

“Pronto te veré “Sultana.”

Seda y grana

Por túnica vestirás:

Ambar, oro y elefantes. I...

—¡Más elefante que usted!

La novicia pierde en este instante los estribos, y reparando que tiene que hárselas con un loco, se pone en pie y

rechaza bruscamente las galanterías que antes le asustaron. Redobra su empeño el pirata, enójase la niña, suplica aquél de hinojos, huye ésta y síguela el amante, andando de rodillas y con los brazos abiertos.... No podría decirte á dónde hubiera ido á parar aquella ridícula entrevista del maniático con la monja, si no se presentase súbitamente á ponerle término uno de los comisionados, que tenía la cabeza en su lugar.

—¡Basta! ya no me dejes embaucar por más tiempo.

—Pues, ¿qué no das crédito á mi relación?

—No, viejo, tú soñaste esa historia, y hoy me la vendes por cierta.

—¡Cierta, ciertísima!

—Sí, como lo es el "salto de Alvarado," ó los piratas de Arolas, cuya poesía te sugirió esta leyenda.

IV.

Los nacimientos.

Después de haber recogido hasta la última expresión de la plática antecedente, que, como se vé, nada tiene de edificante, dejamos á nuestros jóvenes abismados en

su entretenimiento, y subiendo por una de las escaleras que conducen al primer alto, empezamos á visitar al acaso las piezas que encontramos abiertas. En la parte superior del marco de la puerta de varias, leímos esta inscripción:

Viva María y muera la herejía.

Una de esas piezas era la sala de labor. Perfectamente aseada y apropiada á su objeto, llamaba la atención de todos los visitantes, y hoy, según nos han informado, se pretende convertirla en una brillante galería de pinturas, entrando en ella todas ó las más, que pertenecían á los conventos suprimidos.

No menos espaciosa es la sala que precede al coro alto. En uno de los lados de la entrada al mismo, se vé pintado este cuarteto:

En la caridad perfecta,
En la humildad profunda,
En el silencio extremada,
Y en el hablar circunspecta.

En el lado opuesto se halla el siguiente:

En el coro asiste atenta,
Ora frecuente y devota,

CARILLAS FUNDADA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
D. C. R. L.